

Alejandro Palomas

**Agua cerrada**

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A gajos me concibo.  
Estoy hecha de huecos.  
Soy tan almacén como la vida.

*El círculo de Newton,*  
Inmaculada Luna

# I. Leyendas

Cuenta la leyenda que hace muchos años una joven cayó con las primeras luces del amanecer a las aguas de la laguna veneciana desde la ventana de un palacio. Era otoño. Nadie reparó en su caída hasta bien entrada la mañana, cuando en un canal cercano alguien encontró uno de sus zapatos rojos y una media azul flotando sobre la basura que tapizaba el agua.

La ciudad buscó a la joven, pero fue en vano, y el padre de la muchacha enloqueció de pena con el paso de los meses. La madre se hundió en el sopor del vino y una tarde de lluvia se desnucó al tropezar con la acera frente a la puerta de palacio.

Cuarenta y nueve años después, alguien dijo haber visto a una joven disfrazada de doncella antigua emergiendo de las aguas junto al *ponte dei Mendicanti*.

De eso hace también mucho tiempo.

Corrió la voz de la aparición de la muchacha. Los más viejos de la ciudad se acordaron de la doncella ahogada y no tardaron en confirmar sus sospechas. No recordaban su nombre, pero sí su zapato y su media. Cuando la tuvieron ante sus ojos, con los cabellos cubiertos de algas y la piel verde como el limo de la lagu-

na, no les cupo duda. La ciudad la declaró patrimonio veneciano. La lavaron, la peinaron, la vistieron y devolvieron a la huérfana al palacio familiar.

Algunos, ante aquel rostro de absoluto verdor calmado, la llamaron Milagro.

Llegaron las preguntas, cientos, miles. Llegaron, sí, pero la joven no hablaba.

—¿Dónde has estado? —preguntaban unos.

—¿Has vivido bajo el agua? —preguntaban otros.

—¿Qué has visto ahí abajo?

—¿Qué hay?

—¿Nos hundimos?

—¿Navegamos?

Preguntas. Las preguntas siguieron lloviendo sobre la joven verdeazulada durante meses, muriendo en el silencio de sus ojos hasta que la vida y la rutina se abrieron paso sobre la ciudad, aparcando a la muchacha en el semiolvido de su palacio.

Un día llegó a Venecia un hombre curioso. Recorría el mundo construyendo cosas que después abandonaba para no viajar cargado. Oyó hablar de la joven y de sus años de vida en agua, y la curiosidad le llevó hasta la puerta de palacio. Esperó a ser recibido por la muda Milagro. En cuanto la tuvo delante y hundió la mirada en los ojos ausentes de la muchacha, se le paró el corazón. Quiso preguntar.

Estas fueron sus palabras:

—¿Qué oíste ahí abajo?

Ella levantó la cabeza y escuchó, atenta como un ciervo ante la amenaza. Luego volvió los ojos hacia él y, con una voz como el inventor no había oído jamás, respondió:

—Música.

Música. Eso dijo.

Y más cosas.

–No pude volver. Bajo la ciudad, el agua toca una melodía tan triste que la vida huye de ella para no detenerse a escuchar y dejar que la muerte lo inunde todo. Tuve que aprender a tocarla para poder regresar.

El hombre quiso saber más, atrapar esa música y darle vida. Preguntó una y otra vez, probó suerte. No la encontró. Decidió entonces quedarse con Milagro e insistir hasta ver saciada su curiosidad de maestro inventor.

Pasaron las semanas. También los meses.

Todos los días, el hombre despertaba a Milagro con una palabra, esperando la reacción de la muchacha.

–Recuerda –le dijo la primera mañana. Milagro ni siquiera pestañeó.

–Escucha –le pidió la segunda. Sin éxito.

–Habla –no hubo respuesta.

Y así pasó el tiempo: Milagro encerrada en su silencio y el joven Isaac esperando, dedicando las horas muertas a construir un pequeño artilugio con los restos de una mesa que empezó siendo una pequeña guitarra de cuatro cuerdas labrada entre la espera y la paciencia y a la que, una vez terminada, no fue capaz de arrancarle una sola nota.

Misterio.

Una guitarra que no sonaba.

Isaac no era amigo de los misterios. Sabía que los instrumentos encerraban música. Sólo había que aprender a oírla.

Un día de lluvia, como todas las mañanas, Isaac despertó a Milagro con una palabra. Esta vez, sin embargo, no supo pedirle nada. Se dio cuenta de que había

agotado todos los verbos de la lengua que compartía con ella. Se quedó junto a la muchacha dormida durante unos minutos, rumiando la palabra del día, hasta que por fin Milagro abrió los ojos y los volvió hacia él. Fue tanta la calma, tanta la suavidad marina que Isaac vio en esos ojos, que no pudo evitar un parpadeo antes de dejar escapar un nombre, uno solo, con el que acercar su voz a la mujer que le envolvía entre tanto azul.

–Serena –dijo. Nada más. Sólo Serena.

Ella ladeó la cabeza e hizo algo que no había hecho hasta entonces: se iluminó en una sonrisa lineal que unió las diminutas ciudades de sus orejas como un puente de hilo de oro, dividiéndola en cielo y mar. Convirtiéndola en horizonte.

Sonreía. Serena sonreía e Isaac entendió. Corrió escaleras abajo, registró los sótanos de la casa y regresó junto al lecho de la muchacha con un trozo de hilo que colocó sobre su sonrisa. Arrancó entonces un listón de madera de una de las ventanas de la alcoba y ató el hilo a cada uno de los extremos del listón. Entonces mostró a Serena la pequeña guitarra que había construido durante su estancia en palacio y ella se la apoyó contra el cuello, cogió con mano firme el arco de hilo terso moldeado sobre su sonrisa y dibujó las primeras notas de una melodía que a Isaac le habló de cosas que hasta entonces ni siquiera se había atrevido a imaginar. Le habló de la no música, de la no palabra, del miedo y también del amor.

Serena rasgaba las cuerdas del pequeño instrumento con una suavidad tan tensa, tan contenida, que Isaac entendió la violencia de la añoranza que la embargaba.

–Lo llamaré Violín –susurró, sin dejar de mirarla.

Pasaron los días y Serena seguía tocando junto a la

ventana. Sus ojos de limo iban perdiéndose de nuevo en la melodía cautivadora que el arco rasgaba a las cuatro cuerdas del violín, llevándosela lejos, muy lejos. Isaac se asustó. Leyó en esos ojos que el viaje que Serena había emprendido a lomos de su música era un viaje sin retorno, que Serena buscaba con su música el fondo de la laguna. El abrigo del agua. Bajó con ella al sótano de palacio, la sentó sobre un taburete y se puso manos a la obra. Clavó la mirada en la sonrisa de la joven, esa curva de horizonte perfecto enmarcada por dos finas orejas de niña, y, mientras ella seguía perdida en su melodía de agua, él construyó en el curso de siete días la viva réplica de esa sonrisa curva y bendita en la más ligera madera. En cuanto vio concluida su obra, acercó a Serena a la embarcación y susurró:

–La llamaré Góndola.

Pero Serena se iba. Volvía con su música al limo y al fango. Se marchaba. La perdía.

Isaac no lo dudó. Cogió a Serena y arrastró la góndola hasta el agua sucia del canal. Subió a bordo y, volviéndose hacia ella, le tendió la mano, invitándola.

–Ven –dijo. Serena parpadeó. Durante un instante vaciló, quieta como una sombra, con los ojos fijos en esa mano de carne y hueso que parecía querer arrastrarla lejos de aquel mundo de silencios que nacía para ella en las profundidades de la laguna.

–Ven –la apremió de nuevo Isaac. Serena se replegó como un abanico y, sin dejar de tocar, arrugó la sonrisa para preguntar:

–¿Dolerá?

Isaac no supo responder. Siguió tendiéndole la mano, bamboleándose sobre el agua sucia del canal, viéndola dudar.

–Ven –insistió.

Por fin, Serena se rindió. Subió a la góndola con paso vacilante y se sentó junto a la borda, clavando la mirada en el fondo, sin dejar de tocar.

A medida que se alejaban de la ciudad, el aire empezó a espesarse y la melodía del violín de Serena fue apagándose como una vela mojada. Cuando por fin reinó el silencio sobre la laguna y los últimos vestigios de Venecia se adivinaban a lo lejos, Serena se volvió hacia Isaac y con un hilo de voz preguntó:

–¿Volveremos?

Isaac le acarició la mano con la punta de los dedos y susurró:

–Dolerá.

Serena sonrió de nuevo. Se encajó el violín al cuello y recorrió por última vez la niebla con los ojos.

–Lo sé.

Entonces volvió la música. El arco rasgó las cuerdas y la ciudad se cerró sobre el limo y los años a esperar el regreso del inventor y de su mujer violín.

Hasta ahora.

Hasta aquí.